

DIRECTORA:
SARA CASAL Vda. DE QUIROS

Apartado 1239
Teléfono 3707

OFICINA mi casa de
habitación N° 2730
BARRIO: LA California
Av. 1ª Calles 27-29

REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION SEMANAL PARA EL HOGAR

Bendecida y aprobada por Su Santidad Pío XI
Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica

Suscripción Mensual

—de—

cuatro números

₡ 1.00

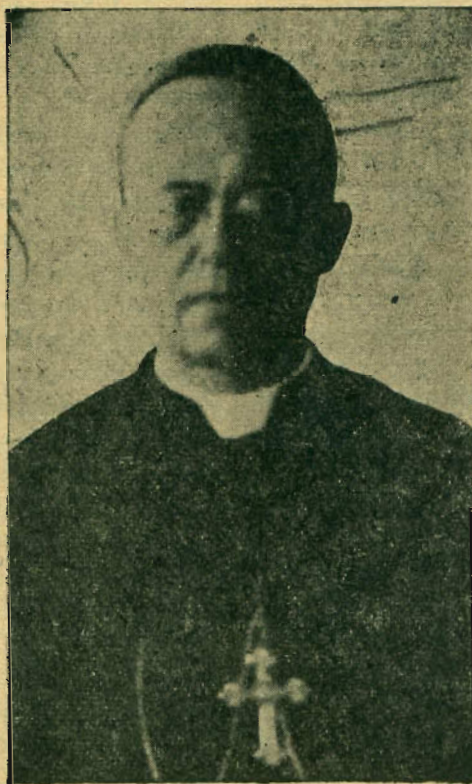
AÑO XVI

San José, C. R., Domingo 14 de Abril 1946

No. 680

OFICINA DE CANJES

SAN JOSE DE COSTA RICA



Excmo. y Revmo. Señor Nuncio Apostólico de su Santidad
Pío XII, Monseñor LUIGI CENTOZ Arzobispo de Odesa
de Osroene, felizmente nombrado para Costa Rica

Recibimiento del Excmo. y Revmo. Señor Nuncio Apostólico de su Santidad, Monseñor Luigi Centoz, Arzobispo Titular de Odesa de Osroene

La llegada del ilustrísimo y muy digno representante de su Santidad Pío XII, Monseñor Luigi Centoz ha sido un gran acontecimiento que llena de alegría a los costarricenses que lo esperábamos desde hace cinco años que fué nombrado Nuncio Apostólico para Costa Rica, Nicaragua y Panamá.

Es verdaderamente una gran prueba de predilección de Su Santidad hacia Costa Rica, enviarnos un representante de tanto prestigio y dotes de talento y virtud como Monseñor Centoz, quien ha sido representante diplomático de la Santa Sede en países de suma importancia y a donde actuó con gran sabiduría y tacto admirables.

Fué Secretario del Excmo. y Revmo. Cardenal Pacelli, hoy día Papa Pío XII, cuando fué Nuncio Apostólico en Berlín. También fué enviado como representante en Lituania una de las naciones bálticas que sufrieron tremendamente a causa de la guerra y de donde fué expulsado por el ejército soviético de la manera más incorrecta que puede imaginarse lo que constituyó un gran contraste con el recibimiento que acaba de hacerle la católica nación.

De regreso a su amada Roma, le fué encomendado por el Santo Padre una de las misiones más delicadas, la Dirección de la

Oficina de Información del Vaticano que se encargaba de buscar y dar recíprocas noticias entre los prisioneros, refugiados e internados de guerra y sus familias sin distinción alguna de nacionalidad.

En el año 1932 fué nombrado Nuncio Apostólico de Venezuela y es de esa nación hermana de donde nos llegaron las informaciones de la gran bondad de Monseñor Centoz.

El recibimiento en Nuestra gran Catedral Metropolitana fué grandioso, lo esperaban: El Excmo. y Revmo. Señor Arzobispo Monseñor Sanabria, Excmo. y Revmo. Monseñor Solís, Excmo. y Revmo. Monseñor Taffi, Evcmo. y Revmo. Monseñor Turcios, Excmo. y Revmo. Monseñor Borge, todos los dignos Sacerdotes de la Curia Metropolitana, El Venerable Cabildo Eclesiástico, Sacerdotes de las comunidades religiosas. Alumnado de todos los Colegios Católicos y gran número de sacerdotes. Elementos de lo más distinguido de nuestra sociedad, algunos Diputados y distinguidas señoras de las Colonias Extranjeras. Y numeroso público, obreros piadosos y mujeres humildes y niños pobres, todos con reverencia y respeto sin igual doblaron sus rodillas para recibir las bendiciones que impartía a su entrada a la Catedral.

Un Solemne Tedeum se cantó con gran solemnidad, el mismo Sr. Nuncio lo inició. Luego el muy digno sacerdote Monseñor Hidalgo Vicario General de la Arquidiócesis pronunció un elocuente discurso de bienvenida al Sr. Nuncio.

A continuación Monseñor Centoz, con frases profundamente sentidas agradeció a todos el magnífico recibimiento que se le hacía. Sus palabras sencillas, elocuentes, pléticas de amor a su amada Roma, a Su Santidad Pío XII, representante de Dios en

CONSULTORIO OPTICO

"RIVERA"

Exámenes científicos de la vista.

LENTES Y ANTEOJOS DE TODO!

PRECIOS

Frente al Gran Hotel Costa Rica

la tierra, impresionaron profundamente a quienes tuvimos la dicha de oírlo. Habló de su felicidad al llegar a esta tierra tan deseada para él, a la que amaba aún sin conocerla porque sabía que era un país profundamente católico que amaba a Su Santidad con veneración y es por ello que nos traía un mensaje de amor, de paz y todas las bendiciones que el Santo Padre nos enviaba como a sus hijos predilectos envía el más amoroso de los padres. No hay idea del cariño, del entusiasmo que siente el Santo Padre por Costa Rica, con toda la efusión de su corazón me encargaba su mensaje y su Bendición Apostólica que deseo de todo corazón se convierta para los costarricenses en toda clase de gracias espirituales y materiales.

Mucho nos impresionó la humildad, la dulzura y santidad de Monseñor Centoz, sus distinguidos ademanes dan la impresión de una persona sumamente buena y muy espiritual. Dijo: deseo de todo corazón traba-

jar mucho, unirme a ustedes para honra y gloria de Dios y bien de vuestras almas y le pido que me ayude a realizar los deseos que tiene sobre esta católica nación, que esa fe que os anima crezca cada día más y más para que seáis una sóla alma y tengáis un sólo Pastor.

Y para terminar, con toda solemnidad nos dió la Bendición Apostólica que recibimos con la satisfacción más grande, como hijos humildes que saben lo que significa una bendición del que representa en la tierra a Dios que está en los cielos.

Los acordes del magnífico órgano de nuestra Catedral amenizaron esta demostración de cariño que todos los allí presentes que representaban a toda Costa Rica ofrecían al muy ilustre Diplomático del Vaticano.

¡Bienvenido sea Monseñor Centoz!

Sara Casal Vda. de Quirós

Jesús y la Mujer

"No lloréis por mí; Llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos!"

Una vez más, en nuestros templos, revestidos de luto, se han desarrollado las solemnidades litúrgicas de la Semana Santa, han resonado las dolientes notas del "Popule Meus", han callado las campanas, se han venerado sucesivamente los diferentes "pasos", "Jesús en el Huerto", el "Nazareno de San Pablo", la Humildad y Paciencia, el santo Sepulcro...

Hace veinte siglos se vienen reproduciendo las tradicionales escenas de aquel drama de la Redención, el más grandioso, el más extraordinario, el más sublime que haya presenciado la humanidad. Y hoy, como en los primeros tiempos de la Era cristiana, la imagen de Cristo-Jesús azotado, escupido, coronado de espinas, arrastrado ignominiosamente al Calvario y crucificado entre dos

ladrones, sigue, levantada en alto, atrayendo los corazones...

Las mujeres que rodearon a Jesús, durante sus años de apostolado, lo acompañaron hasta la Cruz, hasta el sepulcro. La Verónica se abre paso valientemente por entre la impía turba para enjugarle el rostro; las hijas de Israel no temen demostrarle con sus lágrimas, su compasión; María Magdalena está al lado de la Madre Dolorosa, hasta que se nubla el sol y se estremece la tierra; y las santas mujeres madrugan para ir al sepulcro a ungir con sus bálsamos los sacrosantos restos. En una palabra, la mujer demuestra en la Pasión de Cristo, más fé, más valor, más fidelidad, más amor que los discípulos...

Y Jesús reconoce y recompensa esa noble

actitud de la mujer. Al salir glorioso del sepulcro se deja ver, antes que de sus Apóstoles, de aquellas valerosas mujeres que se afligen por no haberlo hallado. Y ellas fueron las escogidas para transmitir a los medrosos discípulos la buena nueva de la Resurrección.

Pero hay en el curso del sangriento proceso un mensaje especialmente dedicado a la mujer. Es en la Calle de la Amargura. Las mujeres de Israel no pueden contener sus lágrimas al ver cómo es atropellado el Divino Reo y Jesús que hasta entonces ha guardado absoluto silencio, se vuelve hacia ellas para decirles: —“No lloréis por mí... Llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos!”...

¿Qué significan estas tristes expresiones en labios del Salvador? Es como si dijera: —“No os aflijáis por mí! yo vengo a cumplir mi misión redentora, la que escogí desde que el hombre prevaricó para satisfacer por su pecado. Tengo que llevar la Cruz hasta el Calvario y morir en ella clavado. Si yo quisiera librarme de este tormento, mi Padre celestial mandaría legiones de ángeles para defenderme. ¿Cómo entonces se cumplirían las profecías? Tengo que llegar, pues, hasta el Gólgota con la cruz a cuestas!... Pero vosotras, pobres mujeres! ¡Cuánto no tenéis que llorar, primero sobre vosotras mismas, que sois cañas sacudidas por los vendavales del mundo y de las pasiones, sobre vuestros dolores físicos y morales, sobre vuestras caídas y pecados, sobre esa cruz de la vida que tendréis que cargar hasta el fin, como Yo, que os doy el ejemplo! Y tenéis que llorar también, infelices madres! sobre vuestros hijos, concebidos en el pecado y destinados a la muerte! esos pobres hijos, vuestros, cuántas veces contristarán vuestro corazón, ora por las dolencias de su cuerpo enfermo, ora, más frecuentemente, por su alma, que escapará a vuestra solícita ternura, que se negará a aceptar vuestras enseñanzas, que se alejará del buen camino, que, como Hijo Pródigo, se enceneará en el vicio! Llorad por vuestros hijos, que las lágrimas de las ma-



dres nunca son perdidas: ellas podrán salvarlos!”

Las palabras de Jesús a las mujeres de Israel, deben resonar, más que nunca, en nuestro corazón en estos tristes tiempos, cuando tantos millones de madres lloran inconsolables a los hijos que les arrebató la guerra y tantas otras, más infelices aún, tienen que llorar los estragos que en el alma de sus hijos producen el desenfrenado materialismo y la satánica impiedad reinantes.

La mujer, como la Dolorosa, está llamada también a ser corredentora de los hombres, padres, esposos e hijos, que yacen en el sepulcro de la culpa, pero que como Cristo, y en virtud de los méritos infinitos de la Redención, podrán incorporarse y volver a la vida de la gracia. La mujer cristiana, y sobre todo, la Dama Católica, debe tener siempre en la mente las palabras de Cristo a las israelitas, para ejercer su sublime apostolado.

Lucila L. de PEREZ DIAZ

Dad al niño calor de hogar y habréis hecho un hombre feliz

Fecundidad de la Cruz

Por DIEGO TORTOSA

Instante cual ninguno solemne en el reloj del tiempo, aquél en que en la cima del Gólgota se alzó la Cruz como símbolo sublime de la redención durante tantos siglos esperada por la Humanidad.

Tinta en la sangre de Dios hecho hombre, lecho de muerte del Autor de la vida, la Cruz es el punto culminante de los siglos, la piedra miliaria colocada en los caminos de la Humanidad, que señala el principio del reinado del amor en el mundo, y el fin de unas sociedades que no habían sentido aletear sobre su frente esa brisa que sopla de las playas de los cielos, y que se llama caridad.

Y como el amor transfigura, como el amor diviniza, como el amor crea, la Cruz, que es símbolo del amor, hace en la tierra una nueva creación.

La Cruz comienza a ser salud, vida, resurrección para todos los hombres, trocando el eje del mundo moral y los polos del corazón humano.

A su sombra, y embriagados con la sangre de Jesucristo, se cobijan legiones innumerables de héroes, de santos, de apóstoles, de mártires de sus brazos redentores quedan pendientes y rotas, como trofeos gloriosos, cuantas cadenas habían oprimido a la Humanidad: las cadenas del pecado, que oprimían a las almas, las de esclavitud que aherrojaban los cuerpos, las de ignorancia que ofuscaban las inteligencias, las cadenas de abyección, de vicio y de servidumbre que oprimían a la mujer y al niño, que son la eterna poesía del hogar.

En la Cruz se enreda la trepadora luminosa de la civilización, donde se han abierto todas las flores de cultura y de progreso que perfumaron al mundo; de ese Arbol divino, cimiento inmovible del orden social, han hecho trono los Reyes, porque la Cruz es autoridad, y su cátedra los sabios, porque la Cruz es ciencia, y su tribu-



nal los magistrados, porque la Cruz es justicia, y su plectro los poetas, porque la Cruz es inspiración y es belleza, y su carroza triunfal todos los sentimientos que cruzaron por la tierra, llamando a las puertas del corazón con el sublime aldabonazo del renunciamento, del sacrificio, del deber y de la esperanza.

Al pie de la Cruz sepultados quedaron para siempre en una tumba de amor el egoísmo que divide a los hombres y la guerra que ensangrienta a los pueblos, y de esa tierra de amor surgieron como inmarchitas siempre vivas esos tres ideales que han transformado la faz del mundo y engendrado las sociedades modernas: la fraternidad, la libertad y la igualdad, que no son producto de las revoluciones ni se regaron con sangre de barricadas, sino que son retoños del árbol de la Cruz, regados con la sangre del mártir del Calvario.

NECESITAMOS: Un buen Agente para REVISTA COSTARRICENSE en Limón, y en Tres Ríos.

"Si quieres reinar conmigo, lleva también conmigo la cruz"

El corazón y la mente del cristiano deben dirigirse, en el Viernes Santo, a la Bendita Cruz; ella debe poseer, en este día, su pensamiento y su amor.

Hace 1946 años, la cruz era el patíbulo de mayor ignominia, y desde esa fecha, por el holocausto Divino, convirtiéndose en nuestro máximo tesoro. Oh prodigio del instante aquel, cuando en el alto del Gólgota, desde la hora sexta a la hora nona, la tierra quedó cubierta de tinieblas. "Entonces Jesús, clamando de nuevo con voz potente y sonora entregó su espíritu". "Y al momento, el velo del templo se rasgó en dos partes de alto abajo y la tierra tembló y se partieron las piedras". Muerte que nos diste vida; fruto bendito de expiación que quedaste clavado en el madero con los brazos abiertos hacia el Cielo, clamando perdón para la humanidad.

Maravilla es la cruz desde entonces; más no sólo es signo de dolor, que lo es, también de esperanza, de fortaleza, de alegría; es la paz que necesitamos, es puente de amor que une el Cielo con la Tierra. Libro prodigioso escrito en madera ensangrentado por el martirio, en donde encontramos la salud, la paz y la justicia del género humano.

Al ser interrogado San Buenaventura pa-

ra que mostrase los libros de donde sacaba sus altísimos y divinos conceptos, tomando un cruzifijo dijo: "He aquí mi mejor libro".

Báculo de inestimable valor nos legó en ella Jesucristo para que apoyemos nuestro brazo cansado en el peregrinaje inevitable, a través de esta tierra tormentosa hacia la tierra de Luz.

Cruz divina que velas en los picos más altos, de las más altas montañas, y en el cruce de caminos, que amparas el sueño eterno del que duerme en humilde tumba o en el rico mausoleo... áncora de salvación en las manos descarnadas del moribundo; escudo protector que la madre pone cada mañana en la frente del niño; Cruz trabajada por el cincel genial de Cellini, en oro y perlas, para la corona de los reyes; o de tosca madera, enarboleda por la mano del abnegado misionero: Leño Sacrosanto, tu espíritu es el mismo, aunque la materia sea muy otra, Tú, que eres la Redención, has que el hombre acepte tu convite: "Si quieres reinar conmigo, lleva también contigo la cruz". "Yo soy el camino, la verdad y la vida".

Alejandra

BETTINA DE HOLST HIJOS

LE OFRECEN: Finísima tela de puro lino para manteles de Altar, una yarda de ancho. Malin de seda blanco para novias, 2 yardas de ancho

La superioridad de inteligencia es una especie de aristocracia del espíritu

NOVELA

"La Chica del Molinero"

que presente.

—Bueno. No vas a decírmelo más. Iré a hablar con tu padre; pero prepárate para sufrir cosas desagradables. Tu padre está empeñado en casarte con Joaquín y no se avendrá tan fácilmente a renunciar a su idea. Nos dará malos ratos. ¿Serás capaz de sufríroslos?

—¿Pero no será la gloria padecer eso, contando con la compensación de tu cariño?

Luis balbucea algunas palabras impregnadas de ternura, tan dulces como jamás salieron de sus labios. Con las manos de Josefina entre las suyas, mira el paisaje retratado en las pupilas aterciopeladas de la compañera y nota que resaltan en él tonalidades de triunfo. Todo en él revive en resurgimiento de energías. Se siente fuerte, seguro, al solo pensamiento de cruzar los senderos de la vida y trepar sus ásperas cuestas apoyado en el amor inmenso y en la comprensión infinita de la dulce criatura que ha sabido quererle contra toda esperanza. Y cuando acaba el éxtasis viene el remate obligado. El ahora, fogoso e impaciente, una vez decidido a atropellarlo todo, es quien apremia:

—¿Nos veremos?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Te esperaré en la tapia de las enredaderas. Donde antes y a la misma hora. Cuando vuelva del mes de María.

—¿Qué vas a hacer de Joaquín?

—Eso no te inquiete, que es cosa mía.

—Y mía por lo visto —dice una voz enronquecida junto a ellos.

Se separan bruscamente. Joaquín está ceñudo, torvo, violento, a dos pasos. De los tres, él es el más turbado. Josefina y Luis conservan su serenidad. Suena una risa cáustica que donde cae parece quemar.

—Por esta vez, la que me trajo el parte no añadió nada. Quizá se quedó corta.

Luis y Josefina piensan en la comadre que cruzó el sendero un rato antes.

—Se podrían haber ahorrado el trabajo de llevártelo —dice con voz firme la muchacha. Esta misma tarde pensaba devolverte tu palabra.

—¿Josefina!

No creía Joaquín que la cosa iba tan en serio. Pensaba en un devaneo, que no afectaría para nada los planes formales de casamiento.

—¿Qué hay con Josefina?

—Tú no dirás eso en serio.

—Completamente en serio.

—¿Y serás capaz de romper nuestro compromiso?

—Ya debía haberlo roto hace mucho tiempo. Mejor dicho, no debí formalizarlo nunca. Y la razón la conoces de sobra.

—Sin embargo, todo iba bien hasta que a este caballero le dió la idea de venir de Madrid. Desde entonces, estoy pasando un infierno. ¿No puede usted dejar tranquila a Josefina? De todas maneras usted no la toma en serio. La entretendrá, le hará perder alguna posición y luego la plantará para casarse con alguna señorita de su igual. ¿Cómo eres tan infeliz, que lo crees, Josefina? Todo el pueblo se ocupa de ello. Y todos sienten que vayas por mal camino.

—Eso es cuenta mía —dice con altivez Josefina.

—Y mía. Todo lo tuyo es mío... Don Luis, no digo yo que traiga malas ideas; pero hará la del perro del perro del hortelano. Serás una distracción para él. ¡El campo y el pueblo son tan sosos! Y el mejor día...

—¿No te parece que ya hay bastante, Joaquín? —dijo secamente Luis Rivera, interviniendo en el diálogo por primera vez. ¿Quién te da el derecho de aventurar hipótesis sobre lo que yo haré o dejaré de hacer? ¿Qué sabes tú lo que hay en el sagrario de mis moradas?

Te molesta que yo quiera a Josefina. Muy bien. Pero eso no te autoriza a calumniarme. Procedamos como hombres: tú la quieres y yo también. Conformes. Que decida ella.

—Ya he decidido.

Josefina dió la réplica con aire de reto, arrimándose vivamente a Luis, quien la rodeó con un brazo por los hombros. Olas de cóleras y celos parecieron cegar a Joaquín el del Olmet y con el puño en alto avanzó amenazador hacia Luis Rivera. Este le devuvo con una fuerza que Joaquín no sospechaba, con sólo ponerla la mano sobre el pecho Josefina dió un grito, asustada.

—Ya vez que no te tengo miedo. Pero no creo lo más conveniente que nos peguemos aquí, como dos brutos, delante de Josefina. De hoy en adelante, al anoecer, iré desde La Foya al margen de las enredaderas a hablar con mi novia —y recalcó la palabra, ante un parpadeo furioso del otro—, y regresaré a mi casa con noche cerrada. Si quieres algo, ya lo sabes. Estoy a tu disposición.

Una palabrota del pobre mozo burlado queca flotando en el aire con dejos de grosería. Luis coje a Josefina del brazo y la acompaña al molino. No hay nadie arriba. El señor Antonio Vaquer ha ido a la feria de un pueblucho cercano. Las criadas trajinan en las tareas domésticas. Luis, por delicadeza, rehusa la invitación. Se despiden en la puerta.

¿ —No es un sueño, mi vida?

—No, Luis: ahora no soñamos; ahora vivimos.

Y Teresa la habuda cree ver visiones y oír delirios porque acaba de aparecer en el vano de la puerta.

Cuando el señor Antonio volvió de la feria, con un buen rebaño de corderos, el escándalo había cundido por todo el lugar. En el auto-bús, ya se lo dijeron.

—Su hija de usted se ha peleado con el novio. Dicen que ha sido por el señorito de La Foya. Casi se pegan.

Entró en el molino, colérico inquieto, contrariado... Josefina fué a besarle, como de costumbre, y la rechazó resentido.

—¿Qué es lo que ha pasado aquí los días

que yo he estado fuera? —preguntó, brusco, a la vieja Teresa.

Esta se encogió de hombros.

—Pues lo que tenía que pasar. Lo que todo el mundo estaba viendo venir: que usted quería que su hija se casara con un hombre y ella quiere a otro. Y en cuanto ese otro le ha dicho "ojos negros tienes", se lo ha llevado todo la trampa.

—Eres una bachillera, Teresa —gruñó rabioso—. Al menos miraras delante de quién hablas ... Vete a la cocina.

Se alejó Teresa, protestando ruidosamente, muy ofendida de verse por primera vez excluída de un consejo de familia. Y el padre y la hija quedaron frente a frente.

—Supongo —dijo por fin el señor Antonio, en tono muy desabrido —que tendrás el suficiente sentido común para olvidar todo lo que haya podido decirte ese loco de Luis Rivera,

Quedóse Josefina mirando a su padre con vago asombro, como si no acabase de comprender lo que quería decirle.

—No me gusta repetir las cosas, ya lo sabes. Y el otro día te dije que nunca te daría mi consentimiento para casarte con nadie de esa casta.

Josefina no se desalentó. Esperaba la oposición, naturalmente. Su padre era un hombre que se aferraba mucho a sus opiniones y a ella le constaba lo enarriñado que estaba con el plan de casarla con Joaquín. Tampoco desconocía el amargo resentimiento que tenía contra la Gobernadora; pero sabía también cómo y de qué manera tan entrañable la quería su padre; así es que, abrasándole mimosa y reclinando la cabeza en su hombro, ensayó el sistema de las tiernas lagoterías que nunca le fracasó:

—Papá: lo que está en juego es mi felicidad.

—¿Qué sabes tú donde está la felicidad?

—Estoy enamorada de Luis desde que era un gorgojo.

—Ya lo sé.

—Y él está hoy enamorado de mí como nunca lo estuvo de Margarita Rivera.

—No seas infeliz, hija —se impacientó Va-

quer—. Luis, no digo yo que no te quiera ni que tú no le gustes; pero nunca hubiese pensado en pretenderte si el mismo destino de su padre no hubiese estado tocando a las puertas de su casa. Tú no ignoras que está metido en un mar de deudas. Claro que con la ayuda que yo le estoy prestando y el impulso que está dando a la explotación de La Foya, si se mantiene y sigue trabajando con el mismo ahinco que hasta ahora, dentro de pocos años habrá salido a flote, aunque yo dudó mucho de su constancia. Hay otras cosas que tiran, cuando un hombre tiene una carrera y pertenece a ese mundo donde él tiene derecho a estar. Un mundo que no puede ser nunca el tuyo, hija mía. Y él que debe darse cuenta, como yo, de que la misión que se ha impuesto está hecha de privaciones y renunciamientos y es dura y difícil, debe haber visto el cielo abierto cuando tú, con tu sencillez, la has dejado ver que estás lo suficiente enamorada para llegar al extremo de casarte con él... El dinero de Antonio Vaquer sería la salvación de su casa. ¿Y por qué no? Verdad es que tendría que casarse con la hija de un campesino; pero no puede conseguir el dinero sin la mujer, e que cargaría con ella —es decir, contigo— y luego, harto de hogar, de campo, de soledad, de ambiente rural, se largaría a Madrid a correría con tus caudales mientras tú te quedabas cuidando de su madre y siendo una esclava de los caprichos de la vieja...

—¿Cómo es posible que pienses así de Luis papá? se indignó Josefina.

Antonio Vaquer fué a hablar. Quizá a descubrir aquella página negra de la historia de su familia relacionada con los Rivera; mas también él se encontraba tan sofocado por la indignación que la voz se le enronquecía antes de salir afuera. Hasta entonces, la vida en el molino había sido pacífica, arcádica. Josefina fué siempre obediente y cariñosa hija. Ahora, en cuanto uno de aquellos condenados Rivera se había interpuesto en su camino, la chiquilla se desdoblaba de súbito en apasionada mujer capaz de todas las rebeldías. Siempre la miró Antonio Vaquer como una niña: la criatura desvalida y huérfana que, al morir la madre, le pusieron en los brazos. Pensó

en su porvenir, unida a un hombre sano y honrado como Joaquín, que la haría dichosa y aumentaría sus haciendas; la vió madre de unos niños preciosos, que serían delicia y orgullo del abuelo...

Pero la mujer que tenía delante: aquella mujer de ojos sombríos, llenos de reproche, que desbordaban pasión; la mujercita que estaba desplegando indomable y recia voluntad: esta mujer que en su voz, en su gesto, en su actitud, expresaba claramente la decisión de luchar por lo que ella llamaba su "amor" y "su felicidad", no le parecía ya su hija al señor Antonio Vaquer. Era una criatura desconocida que había forjado con sus malas artes algún brujo encantador.

Antonio Vaquer lo veía todo negro. Quizá ayudara el tiempo, que estaba cerrado y empezaba a desfogarse con fría y menuda llovizna. Sentado junto a la chimenea, con aire fosco, sin decir una sola palabra, parecía rumiar una honda desesperación. José..., tan mudó y tan hosca como él, vino a sentarse a sus pies en una sillita como era su costumbre. Entonces, el padre alargó la mano y acarició con ternura infinita la suave cabellera. Quería a su hija como un avaro a su tesoro, y por hacerla feliz sería capaz de los mayores sacrificios del mundo, hasta el de su propia existencia; pero ahora estaba tan absolutamente convencido de que Luis Rivera no buscaba otra cosa más que el caudal de su hija y de que sólo la desgracia podía ser el resultado de aquel casamiento desigual, que estaba decidido a no permitirlo. Ahora, que el señor Antonio no era hombre de procedimientos violentos; le gustaba dar la razón de las cosas y no imponer su voluntad con maneras dictatoriales. Ella debía saber... debía saber...

Cerró la noche en agua. Quizá por eso Luis se vió materialmente imposibilitado de bajar al molino a hablar con el señor Antonio Vaquer como había prometido a Josefina, porque las sendejas eran arroyos y los caminos cauces por donde el agua corría a su antojo, imposibilitando el tránsito completamente. Al dar las

seis, una de las criadas entró a renovar el fuego de la chimenea, que estaba adormecido bajo las cenizas y a cerrar los postigos aun abiertos de las ventanas.

Josefina dejó su costura. Tenía los ojos cansados, Había llorado mucho. Dejó su costura y se instaló junto al llar, donde momentos antes se aposentó su padre acercando al fuego las gruesas botas mojadas en el breve viaje de la Central al molino.

—¡Qué noche! —murmuró con un escalofrío.

Josefina no respondió, ceñuda.

—Dame un cigarrillo, Josefina.

Se lo dió, encendiéndole como de costumbre una cerilla. La escasa lucecilla fué bastante a alumbrar unas mejillas y unos ojos enrojecidos de tanto lloriqueo. Antonio Vaquer vacilaba. Temía volver sobre un pasado que era dolorosa desgarradura para su corazón amargado; pero comprendía que era la hora de contarle a su hija la tragedia que ensombreció su vida. Bruscamente, pareció decidirse.

—Josefina.

—Papá.

—No quía decírtelo. Me había prometido a mí mismo no decírselo a nadie. A ti menos.

—Pues no me lo digas.

—Sí: debes saberlo. Eres ya una mujer, capaz de comprenderme...

El señor Antonio Vaquer hizo una pausa, mirando fijamente la lumbre. Durante ella, con un esfuerzo, recogió sus ideas y al fin, con un suspiro, el hombre dió comienzo a su confidencia.

—Hemos de ir a los tiempos en que yo no era como hoy un hombre casi viejo, agobiado por pesadumbres y recuerdos añejos. Tu madre era entonces una muchacha muy bonita y muy codiciada: buena chica, de excelente familia, modosita, honesta y acaudalada. Tenía muchos pretendientes. Yo la quería hasta estar chiflado por ella; pero ella no me hacía caso; al menos por aquellos días no me quería...

—¿Más tarde, sí? —se atrevió a preguntar Josefina, sintiendo que se encontraba frente a frente de un secreto que el tiempo y el silencio hicieron sagrado.

—No lo sé... —murmuró con tristeza el buen hombre—. Sólo Dios lo sabe. Lo mismo que tú, cometió tu madre la tontería de enamorarse de un Rivera. No quiero decir que él no mereciese el cariño de una buena muchacha: era un chico guapo, cariñoso, a quien todos querían en la comarca. El era romántico, un idealista. Se apasionó también perdidamente. Yo contaba algunos años más que él, pocos. No era como él un caballero elegante, sino un campesino sincero y honrado como lo es Joaquín. Cada vez que me declaraba —y eran muchas —tu madre me desengañaba. La pobrecilla no era coqueta. Debí perder las esperanzas, pero no las perdí. Tenía fe en mi cariño. Me parecía que un sentimiento semejante debía tener a la postre honda y grande fuerza de sugestión. Yo sentía que había de vencer. El cómo, el porqué y el cuándo, no lo sabía ni me importaba.

Calló. Los recuerdos se agolpaban a su memoria en tropel. Sus ojos, fijos en la llama del hogar, evocaban visiones del pretérito.

—Un atardecer descubrí una cosa. Era una noche ideal; olía el aire a azucenas, a lirios, a flor de naranjo. Yo había salido a dar mi ronda acostumbrada por la cavada, cuando al pasar cerca de la tapia de las enredaderas...

Josefina se estremeció. ¿En la tapia de las enredaderas?

—...vi una pareja de novios sentados contra el margen. Estaban tan juntos, que parecían una sola persona y hablaban con tanto entusiasmo y tan absortos, que pasé rozándoles —ya sabes que senda roza la tapia —sin que me vieran siquiera.

—¿Eran ellos? —preguntó Josefina con un hilo de voz.

—Ellos. Después que hube pasado me encontré con tal desconcierto que tuve que dejar pasar un rato antes de volver a mi casa. Vivía yo entonces con tu abuela y con tu tía Genoveva y no quería que sufrieran con mis pesadumbres. Bueno. Después de ver aquello, me convencí que las relaciones de tu madre con Jorge Rivera eran un hecho. Y que iban en serio.

La Sangre Redentora

Esta es mi Sangre del nuevo testamento, que por vosotros será derramada para remisión de los pecados (Mt: 26, 28").

La Sangre, divina que por primera vez consagraste en la Cena eucarística la vas a verter toda hasta la última gota en el sacrificio de la Cruz. Oh Jesús mío! Quiero asistir en espíritu a este sacrificio sangriento, para que hondamente se me grave en el alma lo que te debo por la generosidad sin límites con que Te entregaste al suplicio por mí, y por este medio logre revivir esa divina escena de amor y de dolor, cada vez que presencie el sacrificio incruento del altar.

¡Oh Redentor mío!, no puedo menos de estremecerme al solo pensamiento de lo que hubo de ser la realidad del horroso espectáculo. ¿Quién hubiera sido capaz de sostener la vista de aquel chorro de sangre viva que saltaba a cada golpe del brutal martillo, y se convertía en fuentes que por tres horas manaron, hasta que al fin, agotado el sagrado manantial, se secó la gota postretora?

¡Oh sangre de Jesús! ¡sangre divina adorada por legiones de ángeles, que mudos de espanto rodeaban el santo patíbulo! ¡sangre redentora que empapaste la tierra saturada de pecados y la hiciste capaz de brotar de nuevo espléndida floración de virtudes! ¡sangre piadosa, cuyo elocuente clamor habla mucho mejor que el de la sangre de Abel, pues pide, no venganza, sino perdón! ¡sangre dulcísima que tiene virtud para apagar la ira divina, pues la recibe el Eterno Padre en olor de suavidad, por rescate cumplido de la humanidad culpable! Sangre de mi Dios, humilde y reconocido te adoro! Jesús, Redentor mío, que tan amorosamente la viertes por mí, Te amo, Te amo con amor de irresistible gratitud, con ansias vivas de corresponder como mejor pueda a tu infinita misericordia!

¡Oh María. Oh Madre Dolorosa, cuyas



maternales entrañas tan tiernamente se conmovieron a la vista de la Sangre de tu dulcísimo Hijo, ten piedad del que con sus pecados la vertió y por ella ha revivido a la vida de la gracia!

LA MUERTE DEL SALVADOR

Y clamando con voz grande Jesús dijo: "Padre en tus manos encomiendo mi espíritu". Y diciendo esto, expiró. (Luc, 23-46).

¡Todo está consumado! Inclinaste lentamente la cabeza sobre el pecho y entregaste el espíritu a tu Padre Celestial. ¡Oh Jesús qué sentimientos tan encontrados se agitan en mi pecho ante espectáculo tan divino: espanto, confusión, dolor, amorosa y compasiva ternura...!

Pero ante todo, Te adoro al pie de tu Cruz, Señor y Redentor mío; adoro rendi-

do, y silenciosamente venero tu majestad, que más que nunca resplandece en la humillación suprema de la muerte.

¡Nó! no eres un vencido, sino el triunfador glorioso, que con definitiva victoria arranca su presa al infierno y abre a la humanidad redimida las puertas cerradas del cielo. Te adoro y Te bendigo por la caridad infinita con que Te ofreciste por víctima voluntaria de nuestros crímenes y reparador de la honra divina ultrajada. Con tu muerte has satisfecho a las exigencias de la divina Justicia, has inclinado a tu Padre a mirarnos de nuevo con piedad.

¡Nunca, nunca, oh Jesús, podré yo olvidar la deuda de eterna gratitud que me obliga a poner en adelante todo mi amor en Tí! ¡Oh Jesús, Oh Redentor mío, cada vez que alce mis ojos al Santo Crucifijo, trofeo de tu victoria y trono de tu misericordia, quiero que Te digan mis miradas, con el mudo lenguaje en que se expresan los más íntimos afectos, cuánto Te amo, cuán resuelto estoy a emplear mi vida toda en tu fervoroso servicio, cuán vivas ansias tengo

de hacer algo por Tí, en pago, ¡oh Jesús!, de lo que has hecho Tú por mí! Me da mi Dios u Sangre y su vida, y ¿no me entregaré yo todo a El? Si amor sólo con amor se paga, ¿cómo pagar nunca el tuyo, Señor mío, que fue hasta la muerte?

¡Oh Madre dolorosísima, has que compartas tus dolores al pie de la Cruz, para que sea digno de compartir también en algún modo tu amor!

De "Coloquios". P. Aurelio Espinosa
Polt, S. I.

SIMPLICITY

EL PATRON MAS EXACTO

EL MAS ELEGANTE

LO ENCONTRARA USTED EN LA

Tienda de **DON NARCISO**

COMPRE

Lotería Nacional

Es la que ofrece más probabilidades de obtener premios de sumas considerables. Además, si se es patriota, debemos apoyarla, pues su producto es para sostener los gastos, aumentar las comodidades, y poner nuestro Hospital San Juan de Dios cada día en mejores condiciones para servir a los costarricenses.

La Cruz del Rialto

En Venecia, la bella, en la época en que Marco Polo, de mozo, vagaba por los muelles atestados de barcos de todas las formas y de todos los países; barcos cuyas bodegas encerraban tesoros cuantiosos traídos de lejanas tierras, que vaciaban luego sobre la ciudad llenándola de oro, plata, marfil, especias, ricas telas, brocados, piedras y maderas preciosas, y finísimas esencias. Tiempos aquellos en que la Perla del Adriático se desposaba con el Mar, cada año para el día de la Asunción, en el reinado fastuoso de los Dux. Cuando el lujo y los placeres llegaron a su cénit, y al lado de la depravación de costumbres, florecía el renacimiento artístico; y el crimen ahogaba a la moral y a las leyes que querían frenarlo; se alzaba en el Rialto, centro mismo de la ciudad, sitio al que convergían caminos y canales, en donde se encontraban hombres de todas las razas; ahí, sedas y rasos de Bizancio mezclaban su brillo y sus matices, con las pieles y burdos ropajes de los viajeros nortños: Orgía de colores, en que los rayos del sol reverberaban en la superficie de las aguas, y en el oro y pedería con que adornaban sus personas y sus trajes los venecianos de entonces; se alzaba, dijimos, con serena majestad, recorta-

do su perfil en el azul purísimo del cielo mediterráneo, la Iglesia de San Giacomo, la más antigua de Venecia, que ostentaba esculpida en la parte alta de su fachada, una cruz con la siguiente inscripción: "Que tu Vera Cruz ho Cristo traiga la salvación a este lugar". Habíanla puesto ahí, a la vista de todos como faro guaiador, en medio de la tempestad de desatadas pasiones. Era una luz en las tinieblas reinantes esa súplica al Altísimo, y era a su vez, la blanca paloma de la eterna esperanza que se cernía sobre el inmundo lodazal.

En la época presente debemos, como lo hicieron, en tiempos lejanos, los venecianos del Rialto, colocar, en el centro de las ciudades y sobre todo, en el corazón mismo de cada hogar, una cruz, que nos recuerde siempre a Cristo. Para que a la sombra protectora de sus brazos inmensamente misericordiosos y sublimes en fortaleza, pongamos nuestras vidas con sus dolores y miserias y también con las alegrías que endulzan la existencia...

Redentor Divino, haz que reine sobre los hombres el Símbolo Sublime y "Que Tu Vera Cruz, oh Cristo, traiga la salvación al mundo".

Alejandra

La Hora Santa

Cristo en la Cruz. Museo de Colmar

Se hizo alrededor de la cruz un profundo silencio. Todos se habían ido marchando, de vuelta a la ciudad. El Salvador, crucificado, era presa de sufrimientos, indecibles; sintiéndose completamente abandonado. Vuelto hacia su Padre celeste, le ofrecía, por sus enemigos, su amor y sus plegarias. Como durante su Pasión repetía los pasajes de los Salmos, conforme iban te-

niendo en El su cumplimiento. Los ángeles le rodeaban. Y cuando las tinieblas llegaron a su colmo, cuando la angustia, oprimiendo los corazones, lo llenaba todo de aquel silencio, yo veía a Jesús, sólo, y sin consuelo, padeciendo en medio de tantas penas, lo que sufre el que, por un infortunio completo, se encuentra abandonado, privado de todo consuelo humano y divino;

Procuremos que los niños construyan jubilosamente sus fantásticos sueños

como cuando la fe, la esperanza y la caridad, separadas de todo, sin apoyo alguno, sin luz, atraviesan desnudas, despojadas, el duro desierto de la prueba; obligadas a sostenerse por sí mismas, acompañadas por angustias mortales.

Por esos sufrimientos de su agonía Jesús nos mereció la fuerza con que pudiéramos vivir valientemente unidos a su cruz; uniéndonos en nuestro abandono a los méritos de su abandono; y así, cuando nos vemos reducidos al dolor extremo de la última hora, cuando vemos romperse a nuestro alrededor todo lo que nos une con la vida, con el mundo, con la naturaleza, con todo lo que nos rodea; cuando incluso cesamos de ver las perspectivas que desde esta vida se abren para nosotros en la otra, Jesús, por sus sufrimientos, nos da la gracia de que podamos padecer victoriosamente este difícil trance de la separación definitiva: porque El ofreció sus dolores, su pobreza, sus tormentos, su separación, por nosotros, pobres pecadores, a fin de que unidos con El en el cuerpo de la santa Iglesia no tengamos qué temer la desesperación de la muerte, cuando todo se entenebrece para nosotros, dejándonos sin luz y sin consuelo.

¡Desdichados de nosotros si tuviésemos que atravesar solos, sin compañía, el desierto de esa noche terrible! Pero Jesucristo ha llenado el abismo espantoso de nuestro abandono con el abandono que, dentro y fuera de sí mismo, padeció en la cruz por nosotros; y así los cristianos, si lo quieren,



pueden estar seguros de no hallarse solos jamás: ni siquiera en el abandono de la muerte y de su oscuridad desconsolada. Porque no hay para los cristianos, ni desierto, ni soledad, ni abandono, ni desesperación en los últimos momentos de la agonía, cuando Jesús, que es la luz, la verdad y la vida, llega derramando sus bendiciones sobre el camino tenebroso; venciendo los terrores del abismo con su cruz plantada en medio de tal desierto.

Sor Ana Catalina Emmerich

Para sus BUENOS LIBROS

La Librería Las Américas
Avenida Central **Teléfono 5507**

¡Alabado, adorado, amado, sea el Corazón Eucarístico de Jesús,
 en todos los instantes, en todos los tabernáculos!

RECETAS DE COCINA

*A cargo de doña Digna Casal de Solari,
Profesora de Cocina graduada en Bruselas.*

POSTRE IDEAL. — Se preparan unos rosquetes con la receta que ya publicamos y bien tostados y fríos. Se unta un pirex con bastante mantequilla y se llena con los rosquetes, se baña con una crema rala, hecha de leche, 3 yemas de huevo, azúcar y maicena, se baten a punto de nieve las tres claras y enseguida se le agrega una a una tres cucharadas de azúcar y se bate muy bien hasta que el azúcar esté deshecho, se le agregan una media cucharadita de limón batiendo siempre y con estas claras se cubren los rosquetes, con la punta de una cuchara se le hacen picos a las claras, se mete al horno caliente, con menos calor abajo que arriba hasta que esté dorado y se sirve.

QUESO DE ALMENDRAS. — Se cocina media libra de azúcar blanco con un poco de canela en astilla y media cucharadita de jugo de limón, cuando esté hecho sirope, se cuela para quitar la canela, se vuelve a poner al fuego y se le agrega una libra de almendras peladas en agua hirviendo y molidas, y se deja cocinar meneándola constantemente con una cuchara de madera hasta que esté un poco espesa, se retira del fuego, se deja enfriar, y luego se le agregan 6 claras bien batidas, mezclándola bien; se vuelve a poner al fuego meneándolo constantemente hasta que se vea el fondo

de la olla, se retira del fuego y se pone en un molde untado de mantequilla o en un plato, se le da bonita forma y se deja enfriar, se saca del molde y se sirve.

GALLETAS DE COCO

Una taza de coco rallado, dos tazas de harina, dos tazas de azúcar y tres claras de huevo, y una cucharita de Royal. El coco, la harina cernida con el Royal se mezclan. Se batan las claras a punto de nieve y se echan a lo anterior, se mezclan bien, se extiende con el bolillo espolvoreándolo con harina, con un vaso se cortan ruedas y se ponen a asar hasta que estén doradas y se colocan en cazolejas untadas de manteca sirven.

Joyería MULLER

La más antigua y acreditada joyería, donde encontrará usted: Relojes de las mejores marcas, joyería finísima y artística.

Preciosos regalos para bodas

FARMACIA Dr. M. FISCHEL

TELEFONO 4877

EXISTENCIA PERMANENTE DE PENICILINA,
SUEROS Y VACUNAS

Esmerado Despacho de Recetas. Servicio inmediato a domicilio. En la Farmacia Fischel siempre encuentra lo que busca

*Hagamos que los niños encuentren en sus juegos de hoy,
motivos, bases y sugerencias para sus creaciones de mañana*

Aproveche

LAS FACILIDADES QUE EN SU

SECCION DE AHORROS

LE OFRECE EL

Banco de Costa Rica

¿Qué necesidades llena el Seguro de Vida?

Su familia debe seguir haciéndole frente a las exigencias de la vida, aun cuando Ud. falte. Los suyos necesitarán siempre:

- * ALIMENTACION ADECUADA ;
- * VESTIDO APROPIADO ;
- * CASA CONFORTABLE
- * ATENCION MEDICA ;
- * EDUCACION DE LOS NIÑOS

La póliza ordinaria de vida se adapta al hombre que desea proteger a su familia apartando una pequeña cantidad de sus entradas, ya que las primas que se deben pagar al Banco son muy bajas.

La póliza ordinaria de vida goza de dividendos anuales que pueden cobrarse en efectivo o acumularse al monto del seguro, y ofrece muchos otros beneficios.

Llame al teléfono 5800 o escriba a la Sección de Ventas y con gusto ampliaremos los informes y estudiaremos su caso particular.

¡Tenemos un plan de seguro para cada persona!

BANCO NACIONAL DE SEGUROS Fundado en 1924